

Rápido chequeo a la teoría económica

Alfons Barceló

*Departamento de Teoría Económica
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales
Universidad de Barcelona
Avda. Diagonal, 690 - 08034 Barcelona*

Rápido chequeo a la teoría económica

RESUMEN

Este ensayo pretende examinar la situación actual de la ciencia económica y la solidez de las bases teóricas de la economía estándar. Se afirma que, en general, los saberes económicos están formados por una mezcla de elementos científicos, tecnológicos e ideológicos, pero se defiende el ideal de una ciencia económica genuina, contrastada y congruente con las disciplinas vecinas. Se denuncia el abuso de los modelos irrelevantes y se proponen indicadores intuitivos para evaluar su pertinencia. El objetivo central del artículo es suministrar ideas y orientaciones para desarrollar un enfoque alternativo basado en la visión reproductiva. Tal programa de investigación debería aprovechar y articular de forma sistemática los valiosos legados de diversas tradiciones o escuelas de pensamiento.

Fast Checking to the Economic Theory

ABSTRACT

This essay tries to examine the present situation of the economic science and the solidity of the theoretical basis of the standard economics. It is generally stated that the economic knowledge consists of a mixture of scientific, technological and ideological elements, but the ideal of a genuine economic science, tested and congruent with the next disciplines, is defended. The abuse of irrelevant models is reported, and intuitive indicators to evaluate its relevance are proposed. The central aim of the article is to provide ideas and guidance to develop an alternative approach based on the reproductive view. Such research program should to profit and articulate in a systematic way the valuable legacies of several traditions or schools of thought.

Rápido chequeo a la teoría económica*

1. EL ESTADO DE LA ECONOMÍA COMO CIENCIA

Aunque esta afirmación no sea precisamente un tópico, es fácil convenir que la economía no ha rebasado todavía el estadio de "protociencia" o ciencia primitiva. Síntomas e indicios diversos avalan esta sentencia. Veamos algunos. Son rarísimas las "leyes económicas" reconocidas como verdaderas y relevantes por la totalidad de los economistas. No hay acuerdo general entre los expertos sobre el "objeto" de la economía; no se sabe muy bien si versa sobre "decisiones", "pensamientos", "comportamiento racional", "riqueza", "producción y distribución", "hombres económicos", "modos de producción", o de todo ello y más todavía. Es fácil percatarse de que los conceptos básicos son a menudo vagos y a veces inescrutables: "valor", "utilidad", "dinero", "capital", "progreso técnico", "escasez", "crecimiento" son aún términos ambiguos cuyo significado preciso no ha sido depurado y sobre el que no existe, ni de lejos, unanimidad. Si enfocamos nuestra atención hacia las diversas partes en que (por razones de especialización, moda o pedagógicas) se ha desglosado la ciencia económica regional, economía de la empresa, etc.) y contemplamos las conexiones entre ellas, se hace patente el escaso apoyo mutuo que se prestan y su falta de vertebración. Por lo que hace a su concordancia con disciplinas próximas hay que indicar asimismo los escasos refuerzos indirectos: psicología, sociología, historia, ecología, tecnologías industriales, suelen ser ignoradas por los economistas en tanto que teóricos, lo que priva a esta materia de controles exteriores convenientes y de un afán sistematizador.

(*) Un texto con el mismo título y similar contenido fue presentado por el autor a las *Jornadas de Economía Crítica* (Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad Complutense, Madrid, 17, 18 y 19 de diciembre de 1987). El borrador previo había sido discutido en el *Centre de Treball i Documentació*. Para la actual versión, que incorpora leves retoques, se han tomado en cuenta asimismo los comentarios de Julio Sánchez y J. Rodríguez Calaza. También quiero señalar que las tesis planteadas en este trabajo han sido utilizadas en la redacción de la primera parte del artículo "Are there Economic Laws?", de inminente publicación en el volumen de homenaje a Mario Bunge, dirigido por P. Weingartner y G. Dorn, *Studies on Bunge's Treatise* (Amsterdam: Rodopi, 1989).

Si a ello añadimos algunas pifias sonadas en cuanto a predicciones fallidas y a programas de acción fracasados, no ha de sorprender que sean consideradas de fiabilidad limitada tanto las recetas derivadas de los trabajos teóricos como el propio cuerpo de conocimiento sistemático heredado. Y por lo que hace a su utilización retrospectiva, son frecuentes las manifestaciones de insatisfacción de los historiadores con respecto al utillaje mental suministrado por los economistas, a la hora de analizar la estructura y trayectorias seguidas por distintas formaciones sociales, así que tampoco en este ámbito se dispone de apoyaturas de sostén bien fundadas.

A pesar de todo, la otra cara de la medalla no resulta tan deprimente. Hay sin duda toda una serie de conceptos, técnicas analíticas y relaciones entre variables económicas que han sido profundamente estudiadas. Se han recopilado cantidades ingentes de datos y se han desarrollado poderosas técnicas econométricas. Aunque a menudo las bases teóricas y conceptuales no sean muy sólidas, se ha logrado un amplio registro empírico de muchas tendencias, lo que suministra importantes pistas para el conocimiento y la acción. Se han ideado gran número de modelos teóricos que permiten representar algunos rasgos destacados de la actividad económica, por más que muchos de ellos no tengan referente verosímil o sean caricaturas extremas. Por el lado lógico-formal el control de calidad de los constructos teóricos es, en general, excelente.

En fin de cuenta, quiere esto decir que la teoría económica ha logrado avances considerables y que su situación, en comparación con otras ciencias sociales, es brillante. No es una pseudociencia, ni un sistema de proposiciones retóricas o sin sentido, sino una ciencia inmadura. En cierta medida podría establecerse algún paralelismo entre la situación actual y el estado en que se encontraban la biología o la química a principios del siglo XIX, aunque equiparaciones de esta índole pequen siempre de las ambigüedades consustanciales a toda analogía.

Las siguientes reflexiones tienen como objetivo aducir ideas y argumentos que den razón de la situación esbozada y apunten hacia vías de superación. En plan tentativo e inevitablemente sesgado, aspiramos a establecer un balance sintético o un rápido chequeo del estado en que se encuentra el aludido cuerpo de conocimientos.

2. LAS TRES FUENTES Y LAS TRES PARTES CONSTITUTIVAS DE LA ECONOMÍA

Al hablar de "ciencias económicas" nos estamos refiriendo a un amplio conjunto de saberes cuyos componentes tienen distinto estatuto epistemológico. También damos por supuesto que este conjunto de sa-

beres se hallan inmersos en una federación más amplia, las ciencias sociales.

Procede señalar ante todo que los saberes económicos son una mezcla de elementos ideológicos, tecnológicos y científicos difíciles de separar. Evidentemente hay muchas conexiones entre estos dominios y sus fronteras no siempre son nítidas; pero resulta posible delimitar un núcleo robusto de cada uno de ellos para el que es fácil decidir si se predicen o no determinadas categorías. Por ejemplo, para la economía pura, el criterio de validez remite a la pregunta: ¿Es verdadero o falso?; en la región de la tecnología económica, la validez se comprueba indagando si sirve o no, si funciona o no; en fin, para la ideología económica no hay propiamente criterio de validez, aun cuando pueda escrutarse su consistencia; pero las preguntas más esclarecedoras suelen ser del tipo ¿A qué intereses sociales, gremiales, individuales favorece esa concepción?, ¿Contra qué ideas se esgrimen estas proposiciones?, ¿Dentro de qué contexto institucional aparecen y florecen estas valoraciones?.

Aunque haya voces discrepantes, esta clasificación parece razonable. Conviene advertir no obstante que ella prejuzga que las leyes científicas son axiológicamente neutrales. Ciertamente que en nuestro siglo se intentaron estatuir unas "matemáticas proletarias" o una "biología fascista", se ha tachado a la cibernética de "ciencia burguesa" y los fundamentalistas bíblicos en Estados Unidos han exigido que se enseñe el creacionismo como doctrina biológica comparable al darwinismo. Pero al fin y al cabo no parece muy convincente decir que la ley de Snell, las leyes de Mendel, la tabla de Mendelejev o el binomio de Newton sean constructos mentales con carga ideológica inmanente.

Anotemos ahora algunas conexiones entre ciencia y tecnología. Empecemos reconociendo que ciertas tecnologías no necesitan una sólida retaguardia científica. Antes de Mendel y Darwin los agricultores o ganaderos sabían cruzar variedades de seres vivos con buenos resultados; durante siglos los navegantes se las apañaron bien adoptando la visión cosmológica de Ptolomeo. Pero es difícil imaginar que un conjunto de operarios eficientes sin una buena formación en física pura hubieran podido colocar un cohete en la luna. También es verdad que pocos físicos teóricos serían capaces de construir un automóvil o un televisor. En resolución, contraponer doctrinariamente las finalidades de uno y otro conjunto de saberes no tiene mucho sentido. Las tecnologías suelen aparecer antes de la maduración de una ciencia, como pautas de comportamiento o de acción orientadas por hipótesis de bajo nivel; pero en general, o en estadios evolucionados, las tecnologías aplican resultados obtenidos por la ciencia, y, a su vez, proporcionan a la investigación pu-

ra o básica nuevos datos, nuevos problemas y nuevos instrumentos de trabajo.

Conviene desde luego hacer hincapié en la distinción entre ciencia y tecnología. Las catástrofes del Challenger o de Chernobil no ponen en cuestión las leyes físicas y químicas cuyo conocimiento permitió diseñar y construir tales artefactos, ni la muerte de un paciente pone en cuestión la justeza (real o presunta) de la biología molecular o del mendelismo. Pero falacias de este calibre se están proponiendo cuando se afirma que la "ciencia económica" no es de recibo porque no consigue erradicar el hambre y la miseria. Exagerando la nota podríase afirmar paradójicamente que la meteorología no es de recibo porque no consigue evitar las sequías o las lluvias torrenciales.

Por lo que atañe al aspecto ideológico o propagandístico hay que reconocer sin ambages que los saberes económicos siempre se hallan contaminados en mayor o menor grado por elementos valorativos, de defensa, corrección o crítica de las estructuras económicas vigentes. La propaganda más o menos encubierta de determinados idearios económicos es un carácter inherente a cualquier discurso del género. Cierto que la carga valorativa es desigual, según se trate de ciencia pura o aplicada, pero siempre está presente, de forma central o periférica, en positivo o en negativo.

Tampoco es necesario subrayar que las tecnologías pueden tener mayor o menor base científica, que las ideologías también son influidas por los progresos científicos y que los desarrollos de la economía pura se ven fuertemente condicionados por requerimientos y resultados tecnológicos así como por las corrientes ideológicas existentes. Pero el grado de verdad de una ley natural o social no tiene nada que ver con los motivos, intenciones o ideología del descubridor, aunque el estudio de las conexiones entre estos planos sea una materia de gran interés para la sociología cultural y la psicología de la ciencia. En fin, suscribir que los teoremas son neutrales o que el núcleo de una ciencia está libre de juicios de valor, no quita que los científicos o tecnólogos se hallen abocados permanentemente a efectuar opciones que tienen diversa carga moral. Porque la investigación científica tanto pura como aplicada no se desenvuelve en un terreno aséptico e inmaculado, sino dentro de un entramado de relaciones e intereses de todo tipo. Las leyes de funcionamiento de un reactor nuclear son asunto libre de juicios de valor; las razones por las cuales unas gentes se dedican a estudiar energía nuclear o energía solar, por qué unas instituciones o departamentos facilitan becas y ayudas para especializarse en una u otra y en qué proporciones; las implicaciones ecológicas, políticas o económicas de una u otra opción, todo ello está completamente inmerso en un cúmulo de rasgos valorati-

vos. En suma, las distintas líneas de investigación que ocupan a los economistas no se desprenden directamente de unos problemas objetivos teóricos o prácticos, sino que se hallan extremadamente mediatizadas por el contexto social global. Apologética y mixtificación tienen aquí campo abonado que convendría desentrañar; pero la denuncia de las cargas ideológicas no debería hacer perder de vista los distintos niveles, so pena de limitarse a maniobras puramente panfletarias.

Si lo que acabo de exponer sucintamente es correcto, resulta un tanto exasperante encontrarse con argumentaciones referidas a la teoría económica que plantean como línea divisoria principal la pertenencia o no a una tradición 'de clase' o a una tradición 'no de clase'. Aunque nadie tiene la exclusiva del escolasticismo, esta ideologización de las disciplinas económicas ha sido especialmente cultivada por algunas corrientes marxistas. Véase, como botón de muestra, la siguiente cita de la *Monthly Review*, extraída de un artículo con esa típica argumentación: "La teoría marxista ve y piensa sobre el mundo de forma diferente a como lo hace la teoría neoclásica. Pero no tiene mucho sentido, ni posibilidad alguna de solución, un debate en torno al 'realismo' de cada una de ellas. Cada teoría contempla una realidad diferente; cada una es realista de una forma diferente" (Resnick y Wolff, 1984, 39).

Parece innecesario resaltar que cuando se plantean así las cosas no se puede llegar a ninguna parte. Pues si no disponemos de criterios objetivos para elegir, si no es válido apelar a observaciones ni razonamientos, entonces estamos fuera del terreno científico y nos adentramos en el pantano de las doctrinas irrefutables, en las que los principios de racionalidad, objetividad y sistematicidad han de ser reemplazados por la fe, la revelación o algún principio de autoridad.

Puntalicemos por último, antes de pasar a otro asunto, que aun cuando la distinción propugnada no coincida con la clásica distinción entre "economía positiva" y "economía normativa", existen solapamientos parciales. En cambio, se halla profundamente reñida con dos corrientes teóricas dominantes: con la visión instrumental que concibe la teoría económica como una "caja de herramientas" y cuya bandera es el "análisis económico" en lugar de la "teoría económica" o la vieja y venerable "economía política"; y con la visión formalista, según la cual las teorías económicas son más bien artefactos independientes de los contenidos o "interpretaciones" que puedan recibir, de modo que sólo importan los aspectos sintácticos y se dejan en la sombra tanto la semántica como la contrastación empírica.

3. MODELOS Y TEORÍAS

A través de laboriosísimos procesos la especie humana ha ido destilando un condensado de saberes entre los que ocupan un lugar primordial lo que solemos llamar "ciencias". El proceso creador de toda ciencia arranca del reconocimiento de problemas y culmina con la construcción de teorías. Las ciencias factuales (como opuestas a las "formales", lógica y matemáticas) se refieren a un nivel físico o real compuesto por cosas, hechos, propiedades, relaciones, etc. y están compuestas por conceptos, proposiciones, modelos y teorías ("constructos mentales"). A su vez estos elementos ideales vienen designados por términos, frases, oraciones y lenguajes. Es fundamental distinguir claramente los tres planos, dado que la confusión entre ellos ha sido fuente importantísima de incorrecciones y pseudoproblemas en muchas ramas del saber. La famosa advertencia de H. James merece ser recordada una vez más: "La palabra 'perro' no muerde". Remachemos diciendo que la palabra 'precio' no es un precio y que el concepto de "precio" ni se compra ni se vende. Evidentemente el impresionante entramado que es la ciencia moderna contiene asimismo componentes de otras especies tales como artefactos de toda guisa y organizaciones complejas de seres humanos, el todo articulado en un colosal sistema de la ciencia y de la técnica, que a su vez forma parte activa y pasiva de un sistema social global.

Nuestra atención, sin embargo, va a centrarse en los reductos principales y diferenciadores, a saber, teorías y modelos. Las teorías, es decir, los conjuntos sistematizados de leyes, ocupan a este respecto el lugar más destacado, como núcleo que contiene la quintaesencia de los resultados alcanzados. En general puede hablarse de teorías fundamentales y de teorías específicas. Una teoría fundamental es la que no presupone ninguna otra teoría relativa al mismo referente o dominio. Las teorías específicas, en cambio, presuponen una o más teorías generales o específicas. En el campo de la ciencia económica no hay por el momento ninguna teoría fundamental: existen esbozos de teorías que rivalizan entre sí y que aspiran a llegar a ser teorías fundamentales. Este es el caso, según algunos, de la teoría económica marxista, de la teoría neoclásica o de la teoría sraffiana. Otros afirman, por el contrario, que "ni siquiera son rivales la economía marxista y la economía neoclásica, en tanto estudien el mismo problema y en tanto no cometan errores lógicos" (Hahn, 1985, 27). Sin embargo es manifiesto que no utilizan los mismos conceptos y postulados básicos, de modo que no son coincidentes. Cada una de ellas presenta un núcleo axiomático propio, aunque haya diversas imbricaciones mutuas.

De otra parte el estudio de diversos subprocesos o subsistemas ha

dado lugar a variadas teorías económicas específicas, tales como la teoría del consumidor, de la empresa, del capital, del crecimiento, del dinero, del comercio internacional. También hay teorías específicas a caballo entre la economía y otras disciplinas, como la teoría de la organización, la psicología económica, la antropología económica. Ya hemos dicho que las teorías específicas suelen presuponer alguna teoría fundamental, pero a veces esta dependencia es débil. En algunos casos puede ser compatible con varias teorías rivales o absorbible por ellas. En otros casos es precisamente a través de alguna teoría específica donde las teorías fundamentales hallan su campo de enfrentamiento más esclarecedor. Para mencionar un ejemplo bien conocido, la teoría del capital fue el campo de batalla de las rivalidades entre la teoría neoclásica y la teoría sraffiana a mediados de los años 60.

Hay, en fin, otra pauta de presentación de resultados y avances del conocimiento que goza de gran predicamento: los modelos. En cierta ocasión comentaba Harrod que a él le había ocurrido lo que al famoso personaje de Molière, esto es, que estaba construyendo un modelo sin saberlo, al igual que el burgués gentilhomme hablaba en prosa sin advertirlo. Como representaciones de algún segmento limitado y estilizado de la realidad, los modelos permiten sortear los obstáculos inherentes a los fenómenos complejos por medio de la selección de ciertos rasgos. Pueden ser libres o ligados, según el grado de dependencia de una teoría o enfoque subyacente. Acaso sea imposible trazar una frontera definida entre una teoría específica y un modelo generalizado, y así algunas construcciones teóricas pueden ser consideradas bien como genuinos modelos, bien como embriones de teorías. La distinción es importante a la hora de la contrastación: las hipótesis que se presentan en los modelos pueden ser confirmadas mediante evidencia empírica, pero no pueden ser nunca refutadas por ella; en cambio, las anomalías o refutaciones no pueden dejar indiferentes a los constructores de teorías, que asumen en este sentido muchos más riesgos.

Aunque importantes como vías exploratorias y analíticas, los modelos presentan limitaciones que no deben ser obviadas. Como reflexión preliminar conviene remarcar que las ideas teóricas, en tanto en cuanto expresan y aspiran a condensar conocimiento, no pueden sostenerse por sí solas, sino que deben validarse. Determinar la validez de las ideas teóricas es evaluar en que medida cumplen ciertos requisitos de adecuación a la realidad, en que medida son condensadores de información correcta acerca de esta realidad, en que medida son, para decirlo con una sola palabra, verdaderas. Porque si una proposición o conjunto de proposiciones no es contrastable, al menos en principio, esto es, si no tiene en absoluto implicaciones confirmables o refutables, entonces carece de al-

cance factual y a lo sumo puede defenderse como construcción auxiliar y provisional.

Puesto que construir modelos constituye hoy en día una de las principales modalidades de la investigación científica en economía, vale la pena detenerse en esta cuestión, pues no resulta nada fácil fijar pautas que permitan dictar sentencia acerca de la pertinencia científica de los susodichos modelos. Sin duda hay un primer filtro destacado que es comúnmente aceptado sin protestas, a saber la corrección formal. En modo alguno, sin embargo, este eventual atributo puede ser juzgado como condición suficiente cuando nos las habemos con ciencias fácticas. Superada esta primera prueba, queda todavía por ver qué criterios tendría que cumplir un modelo para ser aceptado como válido en el ámbito de la teoría económica. Aunque la tarea pueda parecer un tanto ociosa, lo cierto es que las razones a menudo aducidas para legitimar ciertos modelos (como la "elegancia" o la "simplicidad") resultan un tanto es-trambóticas desde una óptica realista (sea vulgar o refinada).

La regla de validación que sugiero es la siguiente. Para saber si un modelo es pertinente, idéese un objeto modelo hipotético tal que el modelo examinado pueda ser juzgado como la maqueta genérica o "fotografía" de dicho objeto modelo. Evidentemente dicho objeto modelo no tiene que entrar en contradicción con leyes físicas, químicas o biológicas bien asentadas, esto es, no puede haber producción instantánea, las máquinas no pueden durar eternamente, los sujetos económicos necesitan alimentarse y envejecen inexorablemente, etcétera. Es obvio, por lo demás, que algunas restricciones podrán ser sorteadas mediante astucias analíticas (por ejemplo, el lapso temporal utilizado es arbitrario); y es claro que, por la propia definición de "modelo", todas las adherencias consideradas impuras han de poder ser eliminadas a fin de centrar la atención sobre el rasgo considerado principal a los efectos de-seados.

Si no se logra inventar una maqueta hipotética que encaje en el presunto modelo, degrádese este constructo mental a la categoría de metáfora, y desconfíese de su capacidad explicativa y analítica. Si, por el contrario, uno es capaz de concebir una situación concreta como la que el modelo pretende representar, afirmese que el modelo es pertinente porque el conjunto de sus referentes reales o potenciales no es vacío. Indáguese a continuación si se trata de un caso límite o de un núcleo estratégico capaz de soportar sin quiebra el debilitamiento de los supuestos. En el primer caso nos las habemos con un auténtico modelo; en el segundo, merece ser ascendido a "teoría específica" o incluso a teoría incipiente o esqueleto de teoría.

Aplicar este filtro selector tiene la virtud epistemológica de desembocar en una "interpretación literal" del modelo, despojándolo de atavíos y oropeles verbales que disfrazan su carácter real. No es raro, en efecto, que —en su desnudez— lo que parecía referirse a un sistema industrial modelice simplemente economías recolectoras o economías con una sola mercancía. O encontrarse con que la caracterización formal del "capital fijo" resulte ser adecuada tan sólo para la "tierra" o para un "stock de capital circulante homogéneo". O que no tengan cabida en modelizaciones presuntamente destinadas a analizar con generalidad la "maquinaria", las máquinas biológicas controladas por la humanidad desde la revolución neolítica (ganados y cultivos arbóreos).

Así pues, de confirmarse que este criterio resulta adecuado y esclarecedor, se liberaría a la teoría económica de un lastre considerable que entorpece los avances científicos, ya que tal es el papel que juegan a menudo los pseudoproblemas. Y por otro lado se evitarían más fácilmente las tentaciones de trasladar sin precauciones los teoremas del modelo al plano infinitamente más complejo de las economías reales. Porque a pesar de las frecuentes advertencias en tal sentido, es habitual que se intenten injertar las conclusiones de metáforas y modelos a una realidad que casi nunca cumple los requisitos estipulados en las hipótesis de partida.

Puesto que teorías y modelos pretenden representar leyes, tal vez sea conveniente añadir alguna puntualización al respecto. Evidentemente para que haya leyes económicas hace falta que existan sociedades que producen, distribuyen y consumen. De forma análoga, para que haya leyes biológicas tiene que haber seres vivos. Por lo tanto, el conocimiento económico no puede ser reputado como transhistórico y las leyes económicas han de ser juzgadas como temporales: si desaparecen los referentes, quedan como cajas vacías. Más aún, a lo largo de su evolución, los sistemas económicos experimentan cambios y modificaciones que dan lugar a la emergencia o desaparición de rasgos y propiedades diversos. No se encontrarán artículos sobre el bimetalismo en las actuales revistas de economía teórica, por más que en el siglo XIX fuera éste un asunto de suma importancia. En resolución, si los supuestos se tornan obsoletos, lo mismo ocurre con el conocimiento que se deriva de ellos.

Aspirar, pues, a una "ciencia económica" genuina no implica afirmar que el cuerpo de conocimientos que merezca este calificativo haya de ser completo, ucrónico o escrupulosamente neutral en todas sus dimensiones. Conceptos, esquemas analíticos, técnicas derivadas, pautas para la acción, tendrán siempre condicionamientos contextuales más o menos importantes, amén de que la empresa de conocer y explicar la realidad no parece tener fin.

4. FLOJEDADES DE LA TEORÍA ECONÓMICA ESTÁNDAR

No es mi intención proceder aquí a una crítica sistemática de la teoría estándar, pero creo que vale la pena señalar algunos de los trazos que en mi opinión son especialmente endebles o esterilizantes.

En primer lugar no me parece exagerado decir que la teoría económica dominante constituye una mezcla de ciencia, tecnología o ideología que se transmite como doctrina con muchos rasgos de tipo teológico. Por añadidura, muchas de las proposiciones centrales de la teoría económica son o bien simples tautologías que no contienen verdad fáctica alguna, o bien se refieren a "mundos posibles" con poco que ver con las realidades históricas sublunares.

Para tratar casos equiparables los biólogos inventaron un nuevo campo de investigación, la "exobiología", esto es, el estudio de las propiedades de seres vivos quizás existentes en alguna de las múltiples galaxias del universo. Se trata, sin duda, de un tema pintoresco. Este campo de estudio parece adecuado para mentes especulativas, y acaso aporte indirectamente alguna luz sobre problemas más cercanos. No ha de juzgarse disparatado que un reducido número de investigadores de la biología dediquen sus esfuerzos a asuntos de esta índole, aunque puede aventurarse que con frecuencia terminarán envueltos en resultados como los apuntados por un destacado escritor de ciencia ficción, Harry Kuttner: "Durante mucho tiempo se creyó que los habitantes de Ceres eran invisibles. Luego se descubrió que Ceres no tenía habitantes".

Curiosamente, los economistas teóricos cultivan desde hace décadas lo que por analogía puede denominarse "exoeconomía política". Tal vez ciertos modelos conjeturales están justificados porque iluminan indirectamente casos reales a través de mecanismos de contraste. Pero es difícil hallar motivos razonables para que se dediquen a estas tareas un gran número de investigadores de economía pura. Para avalar esta queja podemos llamar al estrado a uno de los economistas actuales de más prestigio, el cual reconoció que "no puede negarse que haya algo escandaloso en el espectáculo de tantas personas dedicadas a refinar el análisis de situaciones económicas que no hay razón para suponer que hayan existido o vayan a existir en algún momento" (Hahn, 1970, 1).

Tras este breve apunte crítico sobre la irrelevancia de muchas investigaciones, nos desplazamos ahora a otra cuestión esencial, al enfoque subyacente en la teoría económica estándar. Pasinetti lo ha tratado con especial agudeza al exponer convincentemente (con alguna excepción: cf. Bliss, 1986) que el enfoque usual en economía refleja una concepción "mercantil", en la que el problema central es la asignación de recursos dados, en un marco estático, por la vía de los intercambios. Por

el contrario, una visión centrada en las características del mundo industrial desemboca en una problemática distinta: en lugar de una racionalidad estática emerge entonces la interdependencia del hombre y la naturaleza a través de procesos dinámicos cíclicos, con frecuentes procesos de aprendizaje incorporados (Cf. Pasinetti, 1981, 17-39).

Ciertamente todo punto de arranque implica distorsión y selección. Y así un teórico puede optar por analizar los intercambios sin hacer referencia alguna a la producción; quienes centran su atención sobre las interdependencias industriales tienden a dejar en la penumbra el papel de los recursos naturales; los interesados en el cortísimo plazo suelen considerar como un dato el nivel tecnológico. Pero una cosa es descartar elementos valiosos y otra, muy distinta, utilizar como columna vertebral una serie de piezas endebles o mal encajadas.

De todos modos lo que aquí interesa destacar son los sesgos implicados por uno u otro enfoque, que se plasman en núcleos conceptuales no coincidentes. Valga como ilustración el concepto de "escasez", que resulta revelador en este orden de ideas. Se trata de una noción fundamental en el marco neoclásico, mientras que tiene limitada pertinencia en una visión dinámica de producción de mercancías por medio de mercancías. A título de ejemplo, decir que "hoy escaseaban los besúgos en la lonja" es una oración plausible y con sentido, mientras que la frase "los tornillos escasean" tiene un significado cuando menos oscuro, en situaciones normales.

Al escudriñar en otro concepto de similar enjundia, "valor", también se manifiestan discrepancias teóricas dignas de nota. Hay que recordar a ese respecto que la corriente teórica hoy hegemónica es heredera de la "contrarrevolución marginalista" que tuvo lugar en los años 70 del siglo pasado. El rasgo diferencial de esta concepción estriba en el decisivo papel que se atribuye a la "utilidad" o "preferencias" de los sujetos económicos para la determinación del valor. El éxito académico de esta visión ha sido notable, pero aún no ha logrado responder a ciertas objeciones de peso, que fueron claramente planteadas por Maurice Dobb hace ya muchos años: "Para que fuese base suficiente de una teoría determinada del valor, aun formalmente concebida, la utilidad debería verse como expresión de algún aspecto permanente y consistente de la psicología humana. Esto no quiere decir que deban considerarse inmutables las preferencias humanas, sino que no deben ser tan contingentes y caprichosas como para que resulte improbable que sean independientes de otras variables del sistema que pretenden determinar" (Dobb, 1937, 156). E insistía en nota a pie de página en que no bastaba con postular una determinada conducta: "es necesario suponer que tal comportamiento (o ciertos elementos determinantes subyacentes) es in-

dependiente del movimiento de los precios del mercado”.

Las sensatas objeciones de Dobb no sólo no han sido refutadas, sino que conservan su vigor. Otros autores las han reforzado aún más: “... el proceso mediante el cual aprendemos nuestras preferencias es en verdad misterioso. La economía dinámica se complica enormemente por el hecho de que el propio sistema de precios puede funcionar como profesor y las preferencias pueden cambiar en respuesta a la estructura de precios al igual que ésta cambia en respuesta a aquéllas. Por ejemplo, tenemos lo que podríamos llamar el principio de las “uvas verdes”, según el cual si no podemos obtener algo decidimos que no lo deseamos. Hay también un principio contrario que podríamos llamar el del “Monte Everest”, según el cual si algo es difícil de obtener lo deseamos más, precisamente por eso. Además, si sabemos que alguien ha pagado un precio diferente por la misma cosa que hemos comprado, nuestra satisfacción puede aumentar o disminuir” (Boulding, 1966, 7).

Conviene insistir sobre este tema, dada su importancia medular. En la teoría económica estándar juegan un papel central ciertas hipótesis sobre la conducta del consumidor. Ahora bien, su validación no se efectúa por lo común apelando a leyes psicológicas bien fundadas, ni siquiera a generalizaciones empíricas reputadas fiables, sino que tales hipótesis se establecen como supuestos convencionales. A veces se declara explícitamente su carácter de afirmaciones “a priori”; con frecuencia se avala su admisibilidad por considerarlas como datos elementales comúnmente compartidos. De modo que se pasan por alto, a golpe de supuesto, hechos bien palpables, tales como que la modificación de las preferencias de las personas de un entorno cercano incide sobre el “mapa” de preferencias del sujeto considerado, o que este mapa se va modificando con el paso del tiempo, o que está en buena medida socialmente modelado. Y, sobre todo, se presume que se trata de atributos precisos y robustos, lo que es claramente falso. Porque incluso sin cambios en el contexto, pasando por alto los procesos de aprendizaje y limitando la atención a un momento del tiempo, es evidente que no pueden obviarse los aspectos secuenciales de buena parte del consumo, fenómeno patente en las mercancías de uso continuado, ya se desgasten al estilo del capital fijo, ya operen como depósitos de circulante (vestido y vivienda pertenecen al primer grupo, licores o botellas de colonia, al segundo). En tales casos compra y consumo no pueden correlacionarse de ninguna forma sencilla, de modo que suponer al comprador perito en calcular con exactitud la suma de flujos futuros de satisfacción (encima, para los quisquillosos, actualizados con el particular descuento del futuro y ponderados por los adecuados indicadores de riesgo) y equilibrarla con el coste de adquisición, es atribuir a la mayoría de los mortales una capaci-

dad premonitoria descomunal.

Tampoco está libre de objeciones, aunque sean de menor envergadura, el otro pilar teórico. Hay motivos para afirmar, en efecto, que la modelización de los procesos productivos según la tónica neoclásica adolece de defectos considerables (Cf. Georgescu-Roegen, 1970). En nuestra rápida ojeada nos limitaremos a recordar dos claves claramente insatisfactorias. La primera atañe a que es habitual escamotear la dimensión temporal inherente a toda transformación, con lo que se deforma el análisis de la producción y se confunden los diversos géneros existentes. Pero dejando al margen la mencionada distorsión, cuyos efectos a la postre son más perniciosos en el plano pedagógico que en el analítico, resulta también problemática la noción de "producción" como resultante de la "cooperación" de los "factores de la producción", con una simbiosis tal que la aportación particular de cada "factor" aparece perfectamente cuantificable en el mágico mundo de las operaciones con tiza y pizarra. En el transfondo de esta concepción se halla, por un lado, la generalización abusiva de una valiosa regla técnica —el cálculo de la productividad marginal—, regla sólo aplicable en dominios muy restringidos; por otro, en ella resuenan los ecos —débiles, pero perceptibles— de arcaicas creencias animistas, las cuales atribuían un papel activo no solamente a los seres humanos, sino también a los materiales y artefactos que estos emplean. Bajo dicha forma de ver las cosas, para poner un ejemplo extremo, en un asesinato con arma de fuego cooperan el homicida y la pistola, así que ambos merecen castigo. La sintonía económica neoclásica discurre por vías similares cuando asevera que el obrero y la pala "cooperan" a la hora de abrir una zanja, como buenos "factores productivos", y por tanto han de ser retribuidos de forma proporcional a sus respectivas participaciones en el logro conseguido (Cf. Ellerman, 1986, 77-78).

Para colmo, esta debilidad en los fundamentos no se ve compensada con resultados sustantivos derivados de tales hipótesis en ámbitos tecnológicos, más allá de unas pocas proposiciones halladas hace más de medio siglo o de resultados de sentido común. Por añadidura, esta situación no sólo tiene secuelas deplorables desde un ángulo analítico, sino que también contribuye al descrédito de las enseñanzas económicas, que a veces aparecen como doctrinas escolásticas. En caso de que los principiantes sean excesivamente crédulos se ven sometidos a un lavado de cerebro del que difícilmente consiguen sustraerse después. La ausencia de mecanismos de verificación suele producir cierta esquizofrenia incluso entre aquellos que se ocupan de sistematizar y presentar reglas tecnológicas relativas a estos ámbitos, como se constata examinando los capítulos introductorios de los manuales de publicidad o empresa. Des-

pués de rendir pleitesía en las primeras páginas a la teoría económica estándar, de inmediato se prescinde de ella a la hora de exponer y justificar las técnicas o resultados de que dispone la correspondiente especialidad.

Para quienes estén incitados a sospechar que afirmaciones como las recién expuestas derivan de posturas absolutamente marginales, vale la pena aducir algún argumento de autoridad. El premio Nobel Herbert Simon ha dicho hace poco: "Creo que los manuales/de microeconomía/son un escándalo. Creo que someter a jóvenes influenciables a este ejercicio escolástico como si dijera algo sobre el mundo real, es un escándalo... No conozco ninguna otra ciencia que se proponga tratar fenómenos del mundo real y que parta a menudo de afirmaciones que están en flagrante contradicción con la realidad" (Simon, 1986, 23).

No querría terminar esta sección sin dejar constancia de mi desacuerdo con cierto tipo de críticas de muy otro cariz. Por ejemplo, las que plantean que lo social no es cuantificable de modo legítimo, o las que subrayan que las mediciones económicas no se refieren propiamente a lo que interesa, esto es, al bienestar, la felicidad humana o la satisfacción de las necesidades genuinas. Aunque no carezca de su pizca de razón, ésta es una táctica defensiva y derrotista, descalificada, además, por las trayectorias de avance de muchas ciencias en las que también se utilizaron argumentos de este tenor. En lugar de permanecer enredados en estos combates de retaguardia parece preferible aceptar netamente que nunca se agotan los objetos, que la abstracción es un procedimiento indispensable, que la legitimación teórica se produce a posteriori por los resultados y que jamás se alcanzan explicaciones definitivas. Así, por ejemplo, en lugar de negar la racionalidad del comportamiento empresarial (en términos privados o sociales), es mejor reconocer que el mecanismo de las ganancias privadas tiene un elemento de racionalidad, y añadir que esta racionalidad es *sesgada*, *parcial* y *local*. Sesgada, porque ni los precios efectivos son indicadores sociales perfectos, ni las expectativas se generan de forma impoluta. Parcial, porque las actividades económicas no recubren todas las dimensiones de la actividad humana. Local, porque se pasan por alto los costes sociales presentes y futuros cuando no repercuten directamente sobre las empresas privadas o incluso sobre las generaciones presentes.

5. ¿ES POSIBLE OTRA TEORÍA ECONÓMICA?

En las páginas precedentes hemos presentado variados indicios con vistas a argumentar que la teoría económica convencional tiene un nivel

científico poco satisfactorio. Esa afirmación no implica que las corrientes “heterodoxas” gocen ya de una clara ventaja. Hace 20 años (en 1969) en una asamblea de la *Union for Radical Political Economics*, Sweezy señalaba que en su opinión “el currículum de la economía marxista era mucho mejor que el de la economía ortodoxa”. Yo creo que el de las dos es patentemente insatisfactorio en términos ideales, aunque ambas posean elementos aprovechables y de calidad. De otra parte la línea divisoria congruente ha de trazarse, a mi entender, entre los enfoques neoclásico y reproductivo. Esta es, al menos, una tesis central de las presentes reflexiones.

Opino, en suma, que no existe todavía, propiamente hablando, ninguna teoría económica, si bien tenemos dos esqueletos que aspiran a serlo, el enfoque del equilibrio general walrasiano y el enfoque ricardiano marxista, junto con muchos modelos “libres” estimables, entre los que destaca el modelo keynesiano. Para decir lo mismo sin practicar el culto a la personalidad, tendríamos el enfoque oferta/demanda, el enfoque reproducción/excedente y el principio de la demanda efectiva.

Como es sabido, los elementos básicos de la visión neoclásica son los consumidores y las empresas. Se centra la atención en el “mercado” a través del cual se articulan las interdependencias entre estos dos grupos de componentes. El objetivo es predecir el comportamiento de estos sujetos y las consecuencias que de ello se derivan. Suele suponerse un comportamiento optimizador y darse por supuestas las circunstancias que rodean y acotan este comportamiento. El principio subyacente es la lógica del intercambio: la escasez y las decisiones juegan aquí el papel de conceptos clave, mientras que la temporalidad es un rasgo que suele ser arrinconado, al igual que los aspectos institucionales, para refinamientos ulteriores.

La visión alternativa (clásica, marxista o sraffiana), por su parte, orienta la investigación partiendo de la lógica de la producción y reproducción, de modo que sus constituyentes son las industrias y procesos que van generando flujos de productos y requiriendo flujos de factores por medio de actividades en las que se revela una profunda interdependencia tecnológica. En este género de representaciones casi sin esfuerzo se pueden introducir rasgos institucionales y conflictos de intereses. La dimensión temporal es connatural a este enfoque; la explicación de los comportamientos remite a la historia, la psicología, la pertenencia a uno u otro grupo social, más que a la aplicación de reglas maximizadoras; la escasez deja de ser un concepto central desde el momento en que se examinan bienes reproducibles y tramos de trayectorias virtuales.

Este enfoque reproductivo —inaugurado por Quesnay— se ha enriquecido en los últimos 30 años con notables aportaciones, y constituye,

en mi opinión, la orientación más fructífera existente, a la vez que capaz de incorporar muchos elementos valiosos de otras tradiciones y perspectivas. Sin duda queda mucha faena por delante, mucho terreno poco explorado y mucho trabajo para limar aristas y encajar piezas de diversa procedencia. Con todo, conviene destacar, a fin de evitar alegrías prematuras, cuán lamentable ha sido que algunos sraffianos gastaran tiempo y esfuerzos ajustando las cuentas con las corrientes marxistas oscurantistas, o que algunos marxistas se obcecaran en ignorar o descalificar dogmáticamente unos aires nuevos idóneos para revigorar las inquietudes y aspiraciones científicas del propio Marx. No significa eso propugnar un pacto de no agresión. La única manera de saber qué ideas son verdaderas (o más verdaderas que otras) es sometiéndolas a crítica. De ahí que el afinamiento conceptual, la discusión de los supuestos, la contrastación empírica, la observación sistemática tendrían que ser tareas ineludibles para aumentar y mejorar un legado nada desdeñable, capaz de ser incorporado al potente y prometedor enfoque de la reproducción económica y social.

Si la orientación recién sostenida es correcta, será válido concluir que las reacciones de muchos economistas progres, al dar por bueno el mensaje teórico estándar y limitarse a plantear batallas periféricas, han errado el objetivo (tanto en el plano científico como político). Así, en ciertas ocasiones, se ha centrado el debate en el plano de las preferencias políticas, en especial en el grado de intervencionismo estatal propugnado. Es significativo leer en un viejo texto programático de los "radicales americanos" lo siguiente: "Si bien existen diferentes escuelas de pensamiento económico, en general todas ellas están de acuerdo en los principios fundamentales de la teoría económica. La rivalidad entre algunas escuelas se centra en el papel que debe jugar el gobierno en la economía. También existe conflicto sobre la importancia relativa de la política fiscal y la política monetaria para el mantenimiento de la estabilidad económica. Asimismo pueden distinguir a las diferentes escuelas las complejidades matemáticas de su análisis" (Peabody, 1971). Nuestro desacuerdo con estas apreciaciones es radical. Y creemos que algunas analogías serán suficientes para mostrar su carácter localista y provinciano. En efecto, es difícil imaginar que el criterio divisorio de las escuelas biológicas fuera la opinión sobre si convendría o no practicar la ingeniería genética sobre los seres humanos; o que entre los psicólogos las fronteras entre capillas se establecieran en función del uso de la topología, del álgebra lineal o distintas lenguas naturales.

Otras veces la principal acusación contra la economía estándar consiste en reprocharle su manifiesta despreocupación en atender al contexto en el que se desenvuelve la actividad económica. El marco eco-

lógico, la estructura institucional, la existencia de clases sociales o la interconexión del plano económico con los planos político, social o cultural suelen estar ausentes del discurso teórico básico en economía. Hay que conceder que tales advertencias son procedentes, pero hay que insistir también en que su calado teórico no es muy profundo. Para comprender y curar la ceguera los oftalmólogos pueden muy bien despreocuparse de los aspectos educativos, familiares, psicológicos, arquitectónicos o urbanísticos. Para paliar sus efectos sí que es conveniente atender a estos aspectos. Para diseñar una política integral orientada a los sujetos que padecen esa enfermedad o minusvalía es necesario abordar todas las dimensiones y derivaciones pertinentes.

Otros obstáculos que se adivinan en el camino pertenecen a un género distinto y rayan con la visceralidad. Por ejemplo, resulta un tanto penoso tener que dedicar unas líneas al tema "Economía y matemáticas", pero aún quedan reductos en los que se enarbolan ideas obtusas sobre tal cuestión. Desde hace más de un siglo estos asuntos se han discutido en incontables ocasiones. Sería aleccionador e instructivo revisar los viejos debates y constatar como han ido cediendo terreno las posturas "antiformalistas", así como la caducidad de muchos argumentos. Desde luego, no hay peor sordo que el que no quiere oír, mas creo que podría llegarse a un consenso sobre el siguiente par de proposiciones; formalizar las ideas tiene la gran virtud de aumentar el rigor y la precisión; pero no exime de tener que pensar ni dota de contenido.

No es ahora el momento de entrar más a fondo en este tema, pero quizá para algunos sea revelador traer a colación los recuerdos de Paul Lafargue. Según éste su suegro opinaba que "la ciencia sólo llega a la perfección cuando consigue valerse de la matemática". Tal opinión no queda refutada a la vista de los posibles usos perversos o degenerados de tal instrumento (cf. Mirowski, 1986). Por lo demás, conviene tener presente que se pueden traducir a lenguaje lógico formal tesis teológicas y teorías sobre fantasmas. En definitiva, aumenta la fertilidad y precisión de las ideas cuando se consigue expresarlas bajo el formato matemático; pero es preciso distinguir entre maestría formal y profundidad científica. Una construcción teórica sin ideas sustantivas representa virtuosismo hueco.

También parece oportuno rebatir aquí la afirmación de que en el campo de las ciencias sociales la cuantificación es distorsionadora, por la esencia cualitativa de los fenómenos. Es cierto que en economía ha habido cuantificaciones infundadas, pero esto no basta para rechazar los intentos de cuantificación. Durante muchos siglos la temperatura o los colores aparecían como atributos cualitativos, pero ahora son medidos con precisión y rigor. La moraleja es clara: lo que se percibe como cuali-

tativo puede acaso llegar a ser relacionado con alguna propiedad cuantitativa o con algún conjunto de propiedades cuantitativas. Así que debemos ser precavidos contra las cuantificaciones abusivas, deshonestas o infundadas, pero hay que aspirar a cuantificar directa o indirectamente las propiedades relacionales. No son las cosas, sino nuestras ideas sobre ellas, lo que es objeto de cuantificación, de modo que no hay barreras intrínsecas contra ese proyecto.

Claro que la formalización no puede desligarse de los contenidos semánticos. Para ilustrarlo echaremos mano de un concepto económico destacado. A título de ejemplo, es importante distinguir entre el concepto de precio, por un lado, el ente matemático con que lo representamos (que es una función), por otro lado, y, por último, los valores numéricos que toma esta función, es decir, los precios de las mercancías medidos con algún sistema de unidades. Resulta que las funciones son objetos matemáticos dotados de ciertas propiedades; es posible efectuar con ellas ciertas operaciones, algunas de las cuales son específicas de determinados tipos de funciones. Ahora bien, el concepto de precio no es un objeto matemático y, por consiguiente, no está justificado someterlo a operaciones matemáticas, operaciones que pueden ser aceptables sobre los entes formales que son las funciones precio. Resumiendo: al extraer de un concepto no matemático sus componentes o estructuras matemáticas no se disipa el concepto de partida sin dejar rastro, sino que permanece pasando a ser el referente de las manipulaciones formales que se llevan a cabo. Por lo tanto no es metodológicamente lícito establecer relaciones de identidad entre conceptos no matemáticos y sus representaciones matemáticas. Esas consideraciones no son gratuitas ni equivalen a buscar cinco pies al gato: denuncian simplemente las incorrecciones semánticas cometidas al decir que una economía "es lineal", que un sistema de precios "es un punto en un espacio euclídeo n-dimensional", o que una coalición "es un conjunto de unidades familiares".

La preocupación por alcanzar una teoría más rigurosa y exacta no es mero prurito científicista. Conviene hacer hincapié en que sólo teorías que expliquen en profundidad las leyes que gobiernan el devenir de la realidad económica y social pueden facilitar la modificación consciente y eficaz de esta misma realidad. Aunque no puedan negarse ciertas virtudes a las tecnologías precientíficas, parece obvio que los costes sociales que reporta el aprendizaje por el sistema de tanteos vía prueba y error se han multiplicado como consecuencia de la complicadísima malla de relaciones en que se encuentran ahora inmersos los seres humanos. Si a ello sumamos la enorme potencia de la tecnología actual, aún se hace más patente el riesgo de elevados costes sociales como consecuencia de acciones improvisadas.

En consecuencia, por lo que atañe al plano de las ideas científicas, la subversión del orden establecido no puede consistir en hacer tabla rasa de los frutos lentamente generados por la inteligencia humana a través de procesos complejos y laboriosos. Hay una herencia valiosa de la que sería insensato prescindir, lo que no significa que haya que asumirla toda, sin aplicar el beneficio de inventario. No hace falta insistir en algunas consideraciones evidentes: ciertos conocimientos se convierten en caducos cuando cambia la realidad social circundante; la emergencia de otras condiciones acarrea el surgimiento de propiedades sólo entrevistas o aún no concebidas; la alteración de las escalas de valores dominantes exige nuevos criterios de selección, la reevaluación de objetivos y resultados, el trastocamiento del sentido y función de determinadas técnicas y mecanismos. Pero también es obvio que nunca se empieza de cero y que muchos materiales son conquistas humanas perdurables.

6. NUESTRAS TAREAS CIENTÍFICAS

El mundo en que vivimos es extremadamente variopinto, está sometido a tensiones de muy distinto calibre y a amenazas formidables. Coexisten miseria y opulencia, libertad y opresión, dominio y dependencia hasta extremos abrumadores. La civilización moderna ha alcanzado logros colosales en el campo de las ciencias físicas y biológicas, tanto en sus vertientes puras como aplicadas. En cambio, por lo que se refiere a las ciencias sociales, la situación aparece como deplorable. Sobre temas tan candentes como el paro, la deuda, el subdesarrollo, el armamentismo, el impacto de las nuevas tecnologías, la explosión demográfica, la degradación del medio ambiente, los científicos sociales pueden decir poco de forma analíticamente sólida.

Esta inmadurez tiene diversas causas. Ciertas dificultades emanan de condicionamientos objetivos: los sistemas sociales no sólo son extremadamente complejos por lo que hace al número de elementos y a la cantidad y calidad de las interrelaciones internas, sino que además evolucionan a ritmo rápido, con un gigantesco despliegue de artefactos de toda laya; además, están constituidos por individuos mudables y reactivos, sometidos a variados impactos en diversos planos (ecológico, biológico, económico, político y cultural) y a agudos conflictos de intereses como explotadores o explotados, opresores u oprimidos, dominantes o dependientes. Por otra parte no suele ser factible el aislamiento y la experimentación (o sólo marginalmente). Otros obstáculos tienen que ver con las ideologías hegemónicas: los científicos sociales son, antes, ciudadanos con sus necesidades, debilidades e inclinaciones. De ahí que

trabajen siempre fuertemente condicionados por tres factores: 1) la herencia teórica recibida con los problemas internos pendientes; 2) las simpatías políticas o ideológicas particulares o mercenarias; 3) los problemas centrales de la época (filtrados y maquillados por 1 y 2). En consecuencia, al menos hasta cierto punto, puede afirmarse que las ciencias sociales han evolucionado como una apología de las instituciones capitalistas en desarrollo y que continúan apoyándolas.

Pero esto es sólo una parte. La crítica ideológica, aun siendo perfectamente legítima, no agota el problema y, sobre todo, tiene escasa fuerza demoleadora. La presencia de condicionamientos valorativos no quita que "la verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero". Por lo tanto si se acepta que toda realidad es pensable, que toda sociedad está sometida a leyes y que la investigación científica puede ir descubriéndolas, entonces hay lugar para que se desarrollen las ciencias sociales. Y en lugar del ingenuo objetivo que señalaba Adam Smith a la economía política ("enriquecer a la vez al pueblo y al Rey"), hay que aspirar a desarrollar toda una serie de campos de conocimiento que abarquen las principales manifestaciones de la existencia social, tanto en sus vertientes de conocimiento puro como aplicado. Más aún, el ideal debería ser un cierto equilibrio entre la investigación teórica (pura), la observacional (directa o histórica) y la tecnológica, todo ello inmerso en marcos más amplios y en concordancia con las investigaciones vecinas.

Cierto que del dicho al hecho hay mucho trecho. Se ha repetido a menudo que con buenos sentimientos no se hace buena literatura. Yo parafrasearía diciendo que tampoco con buenas intenciones se hace buena ciencia. Por suerte o por desgracia, los auténticos descubrimientos científicos tienen poco que ver con las motivaciones excelsas o rastreras de los investigadores. Y recordaría la frase romántica del viejo y ya casi olvidado Marx, destinada a prevenir contra la frivolidad intelectual y dedicada a quienes "buscan la verdad": "En la ciencia no hay caminos reales, y sólo tendrán esperanzas de acceder a sus cumbres luminosas aquellos que no teman fatigarse al escalar por senderos escarpados" (Marx, 1872).

Evidentemente, hacer hincapié en la dimensión científica de las ciencias sociales en general y de la economía en particular no significa dar por bueno todo lo que circula con tal pretensión ni sólo lo que viene avalado por métodos formales: siempre ha habido expendedores de moneda falsa. Es indiscutible que las representaciones formales o numéricas son de gran valor; pero tampoco escasean las cuantificaciones a tontas y a locas que llevan más carga seductora que información genuina.

En cualquier caso, la coexistencia de diversas orientaciones rivales

o críticas ha de ser juzgada como una situación nefasta sólo cuando se cultiva el hermetismo sectario y faltan vías de comunicación entre las distintas escuelas. Por el contrario, cuando el antagonismo teórico desemboca en procesos de emulación, se impulsa una tensión creadora que enriquece los resultados y las perspectivas de la investigación científica.

Si el precedente enjuiciamiento es correcto, vale inferir que, para abordar tanto los viejos como los nuevos problemas de manera objetiva y racional, no es una buena alternativa la búsqueda de un principio unificador exclusivo y excluyente. Es preferible apostar por una estrategia oportunista, de acumulación de indicios, pruebas y ensayos que se controlen mutuamente con la vista puesta en el ideal de que todo llegue a cuadrar. Junto a ello hace falta ser capaces de sustraerse a las viejas recetas y doctrinas, lo que no es empeño fácil. Las ideas heredadas actúan como un yugo, y librarse de ellas requiere cierta osadía. Por añadidura, contienen a menudo elementos valiosos que sería insensato rechazar, aunque no sea tan fácil identificarlos como sugiere la trillada parábola de la bañera con un niño y agua sucia.

En fin, la "ingeniería social" ha sido practicada desde siempre sobre bases de sentido común, tradiciones más o menos fiables y mediante acumulación de recetas por ensayos de prueba y error. Ahora bien, el conocimiento rutinario puede ser suficiente para mantener un determinado estado de cosas, pero es inadecuado para proyectos de cambios sociales profundos. En consecuencia, cualquier aspiración a subvertir el orden existente, de forma intelectualmente responsable, requiere esforzarse en desarrollar y articular los diversos componentes de las tecnologías económicas, políticas y sociales, así como unos sólidos cimientos científicos en los que apoyar los programas de recambio.

BIBLIOGRAFÍA

- BLISS, C. (1986): "Progress and Anti-Progress in Economic Science", en M. Baranzini and M. Scazzieri (eds.): *Foundations of Economics*. Oxford, Basil Blackwell, pp. 363-376.
- BOULDING, K. (1966): "The Economics of Knowledge and the Knowledge of Economics", *American Economic Review* 56, n. 2, págs. 1-13 (Existe versión castellana en Lamberton, D. M. (comp.): *Economía de la información y del conocimiento*, FCE, 1977, págs. 23-36).
- DOBB, M. (1937): *Political Economy and Capitalism*. London, Routledge & Kegan, 1940. (Existe versión castellana: México, Fondo de Cultura Económica, 1945).
- ELLERMAN, D. (1986): "Property Appropriation and Economic Theory", en Mirowski, P. (ed.) (1986): *The Reconstruction of Economic Theory*. Boston, Kluwer-Nijhoff, págs. 41-92.
- GEORGESCU-ROEGEN, N. (1970): "The Economics of Production", *American Economic Review* 60: 1-9.
- HAHN, F.H. (1970): "Some Adjustment Problems", *Econometrica* 38: 1-17.
- HAHN, F.H. (1985): "In Praise of Economic Theory", en F. Hahn, *Money, Growth and Stability*. Oxford: Basil Blackwell, págs. 10-28.
- MARX, K. (1872): Carta a Maurice La Châtre (Introducción a la versión francesa de *Das Kapital*).
- MIROWSKI, P. (1986): "Mathematical Formalism and Economic Explanation", en Mirowski (ed.): *The Reconstruction of Economic Theory*. Boston, Kluwer-Nijhoff, págs. 170-240.
- PASINETTI, L. (1981): *Cambio estructural y crecimiento económico*. Madrid, Pirámide, 1985.
- PEABODY, G.E. (1971): "Introducción a los paradigmas científicos y económicos" en V.V. A.A.: *Paradigmas radicales en economía*, Barcelona, Anagrama, 1977, págs. 5-25.
- RESNICK, S. y WOLFF, R. (1984): "The 1983 Nobel Prize in Economics: Neoclassical Economics and Marxism", *Monthly Review* 36, n. 7: 29-46.
- SIMON, H.A. (1986): "The Failure of Armchair Economics" (Interview). *Challenge* 29: 18-25.